

CULTURA



S.O.S EDUCACIÓN

RAÍCES Y SOLUCIONES A LA CRISIS EDUCATIVA

CARLOS JARIOD

PRÓLOGO DE ANTONIO CAÑIZARES



CARLOS JARIOD BORREGO

S.O.S. EDUCACIÓN

RAÍCES Y SOLUCIONES A LA CRISIS EDUCATIVA

presentación del cardenal **Antonio Cañizares**

ARGUMENTOS PARA EL SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: Carlos Jariod Borrego
© Digital Reasons, 2015
www.digitalreasons.es
info@digitalreasons.es
Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Diseño de cubierta: Enrique Chuvieco (foto portada: Virsh)
Diseño de interior: Enrique Chuvieco.

ISBN: 978-84-944601-2-8
Depósito Legal: M-2504-2016

Ficha bibliográfica: Borrego Jariod, Carlos (2015): *S.O.S Educación. Raíces y soluciones a la crisis educativa*. Madrid, Digital Reasons.

Impresión: Publicep. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y están libres de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

1. Presentación	5
2. Introducción	15
3. Falsas aporías educativas	21
3.1. Oposición entre instrucción y educación	22
3.2. Oposición entre enseñanza pública y enseñanza privada	27
3.3. Oposición entre laicismo y confesionalismo	33
4. Raíces culturales de la crisis educativa.....	39
4.1. Nihilismo y relativismo.....	39
4.2. La muerte del hombre.....	49
4.3. La ignorancia como modelo moral.....	60
4.3.1. Aprender a conocer.....	65
4.3.2. Aprender a hacer	67
4.3.3. Aprender a vivir juntos.....	68
4.3.4. Aprender a ser	71
4.4. Alcance de las raíces culturales en la crisis educativa	73
5. Raíces internas de la crisis educativa	77
5.1. El imperio de la pedagogía constructivista	77
5.2. La escuela comprensiva o el igualitarismo a la fuerza ...	85
5.3. La autoridad del profesor y el desprecio a la tradición..	99
5.4. La escuela como institución adoctrinadora: Educación para la ciudadanía como ejemplo y modelo	116

6. Razones para la esperanza.....	133
6.1. Los principios de una educación fiel a lo humano	137
6.2. La persona como categoría educativa por excelencia ..	141
6.2.1. La dignidad personal	143
6.2.2. La libertad personal	148
6.3. El docente como pieza educativa clave	160
6.4. La escuela como agente moral.....	168
6.5. La dirección de los centros y la inspección educativa: elementos fundamentales de calidad.....	179
6.6. Una cultura de la evaluación: elemento imprescindible para la mejora educativa	195
7. La escuela católica como modelo educativo	203
7.1. La escuela católica: una breve caracterización.....	205
7.2. Criterios para la escuela católica.....	208
7.3. La contribución de la escuela católica en la superación de la crisis educativa	214
8. Conclusión	219
9. Bibliografía	221

1. PRESENTACIÓN

Estamos ante un libro importante, lúcido y valiente, de gran alcance, que abre perspectivas de futuro y de esperanza a una sociedad que anda tan necesitada de esperanza y de futuro. Un libro que entra en una de las cuestiones más candentes y vitales del hombre: el de la educación, sencillamente el del hombre mismo, la verdad del hombre, sin el que no hay futuro ni se abren caminos esperanzadores para alcanzarlo. El libro trata sobre la «emergencia educativa», una expresión muy afortunada del Papa Benedicto XVI, tan clarividente, sabio, y de amplios horizontes. El autor del libro, mi querido y admirado amigo y maestro, Carlos Jariod, toca un tema espinoso y lo toca con verdad y libertad, con una gran pasión por la educación porque sabe que ahí se juega en gran medida la suerte del hombre y de la sociedad.

Como tan magistralmente señala el autor de este libro, el proceso educativo es un elemento clave en la preparación y formación de las nuevas generaciones humanas; hoy, este proceso está puesto seriamente en peligro en nuestra sociedad de alguna manera postmoderna; podemos afirmar, sin ser derrotistas para nada, que buena parte de los países de Occidente, también el nuestro, España, se ven afectados por una grave crisis en el terreno educativo. Junto con el de la familia, que tiene tantísimo que ver y tan primordialmente

con la educación, la cuestión educativa es cuestión principalísima y primera de nuestra sociedad española. Más que la crisis económica, Un problema más fundamental es el de la educación. No se solucionará la cuestión económica, si no se resuelve previamente el de la educación, o se solucionará mal lo económico.

La experiencia nos dice que hoy la obra de la educación está siendo cada día más difícil y resulta más pobre y precaria. Se habla por ello, de una gran «emergencia educativa», se habla de las crecientes dificultades que se encuentran para transmitir a las nuevas generaciones los valores, base de la existencia y de un comportamiento recto tanto en la familia, como en la escuela, como en cualquier ámbito que tenga como objetivo educar. «Podemos añadir que se trata de una emergencia inevitable en una sociedad y en una cultura que, con demasiada frecuencia, están haciendo del relativismo el propio credo, pues el relativismo se ha convertido en una suerte de dogma» (Benedicto XVI).

En un ambiente relativista como el que se ha creado en el entorno cultural que vivimos llega a faltar la luz de la verdad; más aún, el hablar de verdad se considera como algo peligroso o «autoritario» y contrario, en todo caso, a la libertad individual de cada uno: toda autoridad, toda disciplina, toda obediencia, que reclama reconocimiento de la verdad, se considera como una intromisión en la propia vida. Domina la persuasión de que no hay verdad última, de que no existen verdades absolutas de las que no podemos disponer, de que toda verdad es contingente y revisable, y de que toda certeza es síntoma de inmadurez y dogmatismo intolerante. De ahí puede deducirse que no hay valores universales que merezcan adhesión incondicional y permanente, e, incluso, tampoco comportamientos humanos, básicos y comunes a todos, tampoco deberes y derechos fundamentales inviolables de todos y para todos, en cualquier circunstancia y anteriores a la normativa jurídica, a la decisión de los legisladores, o a los usos culturales.

De esta suerte, las formas distintas de percibir la verdad, los valores, y aun los derechos y deberes por parte de los individuos y grupos sociales se hacen objeto de un cierto consenso, en el cual tiene categoría de criterio determinante la opinión socialmente más extendida y el valor funcional que la acredita. Individuos y grupos se ven obligados a renunciar a convicciones y certezas con pretensión de hallarse objetivamente fundadas, verdaderamente abarcales de la totalidad de la existencia, que aportarían sentido a la vida por su carácter integrador de los elementos personales y sociales: se ven, en definitiva, obligados a orientarse sin esa referencia hacia una verdad última que los trasciende.

Además, el relativismo imperante en nuestra sociedad, al no reconocer nada como definitivo y cierto, deja como última medida sólo el propio yo subjetivo con «sus» opiniones, sin certezas, o con «sus» propias arbitrariedades y caprichos y, bajo la apariencia de libertad, se transforma para cada uno en una especie de prisión que lo encierra en sí mismo, porque separa al uno del otro e incapacita para la comunicación con los demás, para lo que es común con los otros, también con los que nos han precedido en la vida y nos transmiten lo que es valioso en sí y por sí mismo para vivir. Se acaba por dudar de la bondad de la vida y de la validez de las relaciones y de los compromisos firmes que constituyen la vida. Se explica desde aquí la ruptura tan fuerte entre generaciones de nuestro tiempo.

Todo esto, a mi entender, es un drama grande de nuestra época y cáncer de la educación. En este ambiente relativista dominante no es posible una autentica educación. Sin la luz de la verdad, antes o después, toda persona queda condenada a dudar de la bondad de su misma vida y de las relaciones que la constituyen, de la validez de su esfuerzo por construir con los demás algo en común y común a todos. Con este ambiente envolvente, ¿cómo podrá ser posible proponer a

niños y jóvenes y transmitir de generación en generación algo válido y cierto, reglas de vida para todos, un auténtico significado y objetivos convincentes para la existencia humana, como personas o como comunidad? Como está, de hecho, sucediendo, la educación con demasiada frecuencia tiende ampliamente a reducirse a la transmisión de determinadas habilidades o competencias o capacidades para nacer, pero no para ser. Se comprende que los que tienen que educar -padres, profesores, etc- renuncien a su labor educadora. Es lo que nos está sucediendo. Estamos, pues, ante una verdadera «emergencia educativa», que es preciso afrontar entre todos. Eso hace Carlos Jarrod en este lúcido diagnóstico, y en la «terapia» que ofrece, con acierto.

La terapia, en todo caso, consiste en proporcionar unos criterios educativos adecuados. Es lo que podemos encontrar en este libro. Ciertamente mientras no se den a los jóvenes las respuestas verdaderas y adecuadas a las búsquedas, esperanzas y anhelos más hondos y genuinamente humanos de verdad y bien que hay en ellos, no se habrá superado la emergencia educativa en la que nos encontramos. Es la familia, es el sistema educativo, son los medios de comunicación, es la sociedad, es la organización y ordenación de la sociedad, el conjunto de leyes y normas que la vertebran, es la Iglesia, son los jóvenes mismos también, los que han de ofrecer la respuesta: ofrecer la verdad del hombre que ellos andan buscando, aquello que es bueno, justo, y valioso en sí y por sí mismo, lo que les puede hacer felices de verdad y vivir con esperanza, lo que les puede conducir a ser libres, a vivir la verdad en el amor y a descubrir la inmensa grandeza de ser hombre, la dignidad de todo ser humano, lo que les ayude a aprender el sentido hondo que tienen palabras como «paz, amor, justicia», lo que les llene y les arranque de la cultura del vacío o del nihilismo ambiental y de los sucedáneos, o del veneno letal ambiental del relativismo y de su dictadura.

Con demasiada frecuencia, ni desde las familias, ni desde los medios de comunicación, ni desde la misma sociedad en la que viven, ni desde determinados ordenamientos jurídicos, ni desde otras y fundamentales instancias educativas, quizá no se les está ofreciendo a los jóvenes satisfactoria y suficientemente una visión del hombre que responda a la verdad de ser hombre, ni un horizonte moral con principios, valores y fines universales y válidos en sí y por sí que permitan al hombre existir en el mundo no sólo como consumidor o trabajador, sino como persona humana, capaz y necesitada de algo que otorgue a su existir dignidad y sentido, responsable ante el mundo, ante los otros, ante sí y ante Dios. ¿Por qué no preguntarnos todos si no les estaremos ofreciendo en el conjunto de lo que forma o educa a las nuevas generaciones más bien un tipo de hombre *light*, que, en el fondo carece de fines, de sentido, de verdad? ¿Por qué no preguntarse también a dónde conduce una sociedad y una cultura, una «matriz educativa ambiental», donde Dios no cuenta y dónde a los niños y a los jóvenes se les está haciendo ver y pensar que la realidad de Dios es superflua? La emergencia educativa nos hace entender que estamos ante la hora de un gran examen de cuanto constituye y configura la realidad social, y de cuantos formamos la sociedad; y, en consecuencia, revisar y reconducir tantas y tantas cosas en el conjunto de nuestro propio mundo, hecho de personas y relaciones personales.

Es la hora de una gran responsabilidad de todos. La familia, los medios de comunicación, las instituciones escolares, las fuerzas sociales, los poderes públicos, la Iglesia, todos y cada uno tenemos una responsabilidad en la educación. Cultivar y promover la verdad de la familia, promover y defender la vida y la dignidad de todo hombre en cualquier momento y circunstancia de su existencia, cuidar lo que se ofrece indiscriminadamente en ciertos programas de medios de comunicación, promover una cultura de responsabilidad en el bien común, promover adecuadamente una sociedad

justa y solidaria, ofrecer modelos de existencia humana que contribuyan a la verdadera educación, etc., es algo que a todos nos implica siempre y particularmente en los momentos de emergencia educativa que vivimos. Todos debemos hacer el esfuerzo, en unidad; todos somos responsables.

Y responsables deberíamos sentirnos todos también ante la delicada situación por la que atraviesa nuestra España. ¿No es ésta la hora del esfuerzo común, de aunar las fuerzas sociales, de encontrar y aportar soluciones para superar juntos lo que podríamos calificar de «emergencia» en el proyecto común histórico que somos? No es la hora del «sálvese quien pueda», sino de «entre todos» reflatemos la barca y reemprendamos la travesía con nuevos y esperanzados bríos. Esto exige también responsabilidad común en la verdad de la educación.

Muchas veces, sobre todo cuando vivía en España, he hablado de educación, porque creo que es una de las cuestiones más urgentes y necesarias en estos momentos. Se habla mucho del fracaso escolar, y tal vez se habla menos del fracaso educativo; tal vez, se discute mucho de los niveles de conocimientos de niños y jóvenes españoles en cifras estadísticas y comparativas con otros países, mucho menos se tienen en cuenta los fines educativos donde está el núcleo de la persona. Soy muy consciente de que se trata de un tema muy complejo y ciertamente clave y crucial. Ahora, en la presentación de este libro y en la oportunidad que tal presentación me ofrece, aprovechándome tal vez de la ocasión, me voy a referir en este momento a un punto muy concreto: el de la verdad en la educación, o, con otras palabras, la educación para la verdad y en la verdad, que es, a mi entender, donde está el nudo gordiano del tema educativo, y del mismo hombre.

La experiencia nos dice que hoy la obra de la educación está siendo cada día más difícil y resulta incluso más pobre para la formación en un verdadero humanismo. Se habla de

las crecientes dificultades que se encuentran para transmitir a niños y jóvenes los valores—base de la existencia y de un comportamiento recto, tanto en la familia, como en la escuela, como en cualquier ámbito que tenga objetivo educar. Problema clave, a mi entender, es que esta tarea educativa, tan urgente como precaria hoy, se trata de llevarla a cabo en una sociedad y una cultura que, con demasiada frecuencia, están haciendo, insisto de nuevo, del relativismo, sobre todo del ético, el propio credo: de hecho, el relativismo se ha convertido en una suerte de dogma. Así, y ahí, no se puede educar. El relativismo constituye un verdadero cáncer de la educación, que lleva en su interior una gran fuerza expansiva y destructora del hombre.

Es necesario detectar y diagnosticar la patología, para poder aplicar el remedio sanante y devolver la salud al organismo enfermo o dañado. En este sentido, es preciso reconocer que se nos ha inoculado el relativismo. Así, «el relativismo ético es la raíz común de muchos aspectos de la cultura contemporánea que ha contaminado la mentalidad actual hasta el punto de que la sociedad española ha hecho propio, en general, un estilo de vida relativista, animado por una buena parte de los medios de comunicación, los poderes públicos e, incluso, desde el mismo sistema educativo», bien sea en la escuela primaria y secundaria, bien en el ámbito universitario.

De tal suerte de mentalidad y estilo de vida ambiental y dominante se desprende una consecuencia, tan generalizada como letal, no hay valores universales que merezcan una adhesión permanente e incondicional, no hay nada que pueda calificarse para todos como bueno o malo, verdadero o falso. Solo caben y hay opiniones, local, subjetiva o culturalmente condicionadas; en consecuencia, todo y nada vale.

A la escuela, en todos sus niveles educativos, pertenece la búsqueda y ofrecimiento de la verdad, -inseparable siempre, por lo demás, del amor—, el logro de la propia verdad del

hombre y el alcance de su meta y de su destino definitivo. Excluir al hombre del acceso a la verdad y de su encuentro, sobre todo en las fases de la vida en que se construye la personalidad de cada uno, es la raíz de toda alienación, despojo del hombre, su ruina. Nadie, en modo alguno la institución escolar, sea el nivel que sea, puede ser indiferente a todo aquello que hace latir el corazón del hombre, esto es: a todas sus inquietudes, a todos sus anhelos más hondos y humanos, a todas sus empresas y a todas sus esperanzas, como son: la búsqueda y oferta real de la verdad, la insaciable e irreprimible necesidad del bien, el hambre y la pasión inagotable de libertad, la nostalgia de lo bello, la voz de la conciencia.

Al proponer y abordar el tema de la verdad para la reforma y renovación de la escuela y del sistema educativo en todos sus niveles, soy consciente de que ésta es una cuestión fundamental de la vida y de la historia y pervivencia de la humanidad. El hombre -niño, joven o adulto- tiene necesidad de una base sobre la cual construir la existencia personal y social; busca, pide y necesita la verdad que dé sentido a su existencia y aún a sus mismas relaciones; en efecto, de una manera u otra, siente que está en juego su vida; no se puede ver satisfecho con propuestas que elevan lo efímero al rango de valor creando falsas ilusiones sobre la posibilidad de alcanzar el verdadero sentido de la existencia o la felicidad, o que haga discurrir la vida casi hasta el límite de la ruina, sin saber bien lo que espera. Por eso, a mi entender y el de otros muchos con mayor autoridad que yo, el problema central de la escuela y de los sistemas y de las instituciones educativas, es la cuestión de la verdad, que no es una más de las tantas cuestiones que el hombre debe afrontar, sino la cuestión fundamental, que no se puede eliminar, que atraviesa todos los tiempos y estaciones de la vida y de la historia de la humanidad, que es preciso ofrecerle y en la que ha de crecer para ser libre, o en la que necesita caminar con los otros para edificar una humanidad nueva y con futuro. Este es el gran

reto de la educación, sólo alcanzable, superando la fuerza envolvente del relativismo imperante, con la verdad. Otra cosa o caminar por otros derroteros sería una vez más insuficiente ante la actual emergencia educativa. Todo esto, a mi entender, está en el fondo de este libro, al menos es lo que he escuchado y leído a lo largo de sus páginas, cuya lectura y asimilación recomiendo vivamente.

Agradezco profundamente que se haya escrito este libro y que se nos ofrezca a todos. Es un libro muy pensado y que da que pensar. Es un libro hecho desde el surco mismo de la experiencia, la experiencia de un padre y de un maestro que siempre tienen como base el amor a los hijos o a los discípulos, y el desvivirse por ellos dándose a ellos. Por lo demás, tengo que añadir también que es la obra y el pensamiento de un creyente, de un cristiano, que, como la Iglesia, tiene como camino propio al hombre y que abre camino al hombre, a la luz de quien es Camino, Verdad y Vida. Es un libro comprometido, en que el autor se compromete con la más nobles de las causas: la causa del hombre, porque esa es la causa de Dios, apasionado hasta el extremo por el hombre, a quien ama sin límites. Por eso es también un libro para la esperanza.

Sólo me queda decir: comiencen a leer y a aprender de este libro que tanta falta nos hace en nuestra sociedad española, inseparable de la europea, necesitada de una regeneración profunda.

+Antonio Cañizares Llovera
Arzobispo de Valencia

2. INTRODUCCIÓN

*«Ser educador no significa otra cosa que
ser padre o ser madre»*

Fritz März

Fue Benedicto XVI quien por vez primera utilizó la expresión emergencia educativa para designar la grave situación por la que pasan los tradicionales agentes sociales dedicados a la transmisión de la enseñanza y formación de niños y jóvenes. Merece la pena leer despacio el [discurso del 11 de junio de 2007](#), en el cual Benedicto XVI inauguraba la Asamblea diocesana de Roma y en el que se introduce esta expresión. Aunque el contexto es religioso, el Santo Padre reflexionaba sobre los nuevos retos educativos que tienen la escuela, la familia, la sociedad y, en íntima conexión con ellas, la Iglesia. Es lógico que cuestión tan nuclear como esta, haya ocupado desde 2005 la atención del Papa Benedicto en más de cien de sus intervenciones hasta el final de su pontificado (Alburquerque, 16).

Pero sería un error creer que la expresión que da título a este libro se pueda confinar al ámbito de la educación religiosa. Quienes se han dedicado en los últimos años a reflexionar sobre el hecho educativo, han incorporado a su pensamiento la fórmula de Benedicto XVI para designar un fenómeno

cultural común a muchos de los países del primer mundo. La educación se ha convertido desde hace años en una preocupación creciente entre políticos, docentes, familias, empresarios, jóvenes e intelectuales. Se diría que la educación está en un estado de emergencia, de peligro, de riesgo; las exigencias de las sociedades tecnificadas de la información no pueden ser asumidas –al menos en apariencia– por la institución escolar, ni por las familias. En cambio, surgen nuevos agentes educativos, cuyo control es más bien difuso, que surgen con fuerza desconocida y que en no pocas ocasiones dificultan o sustituyen la labor de docentes y padres de familia.

En una situación confusa como la actual, en la que los jóvenes carecen de referentes morales, religiosos o simplemente cívicos, en la que la institución familiar padece una crisis de identidad sin parangón, la institución escolar se nos presenta carente de respuestas convincentes para una sociedad cada vez más compleja. La expresión emergencia educativa designa, pues, esa situación de profunda confusión sobre el hecho educativo mismo: qué educar, quién educa, por qué educar, para qué educar, cómo educar.

El punto de atención de este ensayo será la institución escolar. Ante todo fenómeno social complejo, se impone asumir una restricción temática para obtener conclusiones útiles. No pocos expertos (Altarejos, 2002; 202) distinguen entre la educación formal, la educación no formal y la educación informal. Por la primera se entiende la enseñanza académica institucional, desde la educación infantil hasta la enseñanza universitaria. La educación no formal, por su parte, es toda actividad organizada y sistemática, fuera del sistema oficial, cuyo fin es satisfacer las necesidades educativas de las personas. Por último la educación informal apunta al proceso ininterrumpido de experiencias que tiene todo ser humano a lo largo de su vida, que le permite adquirir una formación amplia y compleja.

En consecuencia nuestra atención estará puesta en la educación formal o académica. La escuela, como institu-

ción social formadora de nuestros niños y jóvenes, será el objeto de reflexión de este ensayo. La crisis educativa institucional y la crisis de la familia, aunque íntimamente unidas por profundos lazos, son sin embargo crisis cualitativamente distintas, que merecen un tratamiento separado. Como Coombs indicó hace años (Coombs, 1971), es un gravísimo error creer que el agente educativo por excelencia es lo que hoy llamamos el sistema educativo, de modo que la familia (por ejemplo) quede relegada a un plano secundario. Sin embargo, es una realidad que la sociedad en general –y las familias en particular– demandan de la escuela una serie de exigencias que parece que el sistema educativo no puede satisfacer. Esta falta de respuesta, sin duda, redundan en las mismas familias, que ven cómo se profundizan sus dificultades para educar cuando no encuentran en la escuela aquella ayuda que buscan.

Pues bien, la pregunta por el hecho educativo incluye una reflexión sobre la misma escuela, sus límites y posibilidades. ¿Por qué nuestro sistema está en emergencia, en peligro? Desde 1990, con la aprobación de la LOGSE, incluso cinco años antes con la LODE, es un lugar común la continuada queja de que nuestros jóvenes carecen de formación suficiente, la constatación del evidente desprecio al conocimiento y al esfuerzo en los alumnos <http://www.libertaddigital.com/opinion/carlos-jarrod/la-autoridad-del-profesor-51029/>, la falta de respeto al profesorado, la inmadurez creciente de las generaciones jóvenes y el clima deteriorado de nuestros centros. Se han publicado muchos textos, generalmente de docentes, denunciando la degradación de la profesión de enseñante, siempre noble e imprescindible. Entre el profesorado cunde desde hace muchos años un desánimo creciente sobre el sentido de su trabajo y un profundo escepticismo acerca de la mejora educativa de sus alumnos.

Aunque esta crisis es común a la mayoría de los países europeos –y latinoamericanos–, en España cobra una especial

relevancia, puesto que las deficiencias detectadas desde los noventa siguen intactas. No es exagerado afirmar que la asignatura pendiente de nuestro sistema educativo es la calidad.

Incluso nuestros propios legisladores así lo reconocen. Después de la LOGSE, la Ley Orgánica de Calidad de la Educación (LOCE), de 2002, pretende atajar el evidente deterioro de nuestro sistema. Con esta ley, que apenas tuvo relevancia por su pronta paralización, el poder legislativo reconocía la necesidad de un cambio en los centros docentes que mejorara la calidad de la enseñanza. Pero no sólo eso. La LOE (2006) tiene como uno de sus grandes objetivos el aumento de la calidad, lo que supone reconocer la necesidad de introducir mejoras. En el Preámbulo leemos:

Tres son los principios fundamentales que presiden esta Ley. El primero de ellos consiste en la exigencia de proporcionar una educación de calidad a todos los ciudadanos de ambos sexos, en todos los niveles del sistema educativo.

La reciente aprobación de una nueva Ley Orgánica (LOMCE), que quiere mejorar la calidad de la educación académica, es una prueba de que tampoco la LOE consiguió su meta.

Perplejos ante este paisaje desalentador es lógico que cunda el desánimo y la falta de fe en la educación, en el alumno y en el propio maestro. Parece que lo único posible es sobrevivir en un páramo vacío de certezas y rebosante de desconfianza e incredulidad. La Administración educativa parece ser la enemiga de los docentes, éstos, de los alumnos y sus familias y los alumnos víctimas de un ambiente académico mediocre. Por su lado, muchos padres ven con indiferencia o impotencia cómo nadie hace nada para encauzar una situación inimaginable hace pocas décadas.

Fruto de este escepticismo se han publicado en los últimos años libros apocalípticos que, insistiendo con agudeza en los errores educativos procedentes de la LOGSE, plan-

tean un paisaje en el que parece que nada vale, nada se ha hecho bien y que lo mejor que se puede hacer es cerrar los centros docentes y empezar de nuevo. Pero ese juicio es parcial, pues desde los años noventa hasta hoy sí se han logrado hitos históricos hasta ahora no conocidos. La extensión de la educación a todos los sectores sociales, la plena incorporación de la mujer a todos los niveles educativos –junto con su completa equiparación a los estudiantes varones–, la integración de los discapacitados, la comprensión de que la cultura no está reservada a unos pocos, etc. son sólo algunos logros que no debemos despreciar. El trabajo diario, callado de tantos docentes anónimos que siguen esforzándose por mejorar la educación e instrucción de sus alumnos merece mucho más.

Por ello cuando hablamos de emergencia educativa no sólo nos referiremos al estado de peligro o urgencia de nuestra educación académica. Emerger significa sacar a la luz, sacar a flote, surgir. Según esta segunda acepción emergencia educativa designa las inmensas potencialidades de nuestro sistema educativo: sus maestros y profesores, los alumnos, las Administraciones educativas, las familias tienen una capacidad ingente de formar. Si bien es verdad que vivimos una crisis educativa de grandes dimensiones, también debemos saber –y afirmarlo aunque sea extraño para muchos– que en nosotros está la superación de esa crisis. Podemos sobreponernos a ella si tenemos fe en nosotros mismos. «El problema fundamental con el que se encuentra la educación en nuestros días es la falta de fe» (Camps, 2008; 205).

Pero sabemos que la fe sin razones vale de poco. Es imprescindible conocer cuáles son las raíces de una crisis como la actual. A ello dedicaremos buena parte de este libro. Veremos que la crisis de la escuela va mucho más allá de ella. Como subsistema social que es, el sistema educativo padece los efectos de una sociedad que muchos califican de nihilista. Pero la institución escolar ha generado defectos propios,

«internos», que la han deteriorado gravemente. Estudiaremos estos defectos, por qué se producen y qué consecuencias acarrearán.

Sin embargo, sí hay salida. La más peligrosa de las tentaciones sería la de que, inadvertidamente, quienes se dedican a la enseñanza reprodujeran la falta de fe característica del nihilismo actual. Sí hay salida, porque los jóvenes siguen necesitando de adultos para poder crecer; hay salida porque los adultos necesitamos de los jóvenes para sabernos partícipes de un mundo futuro mejor a través de ellos; hay salida porque existe la Verdad, el Bien y la Belleza; hay salida porque la crisis educativa exige ella misma su superación. Hay salida, en fin, porque la sociedad necesita de la escuela, la familia necesita de la escuela, el mundo de la empresa necesita de la escuela.

Una advertencia final. A lo largo de estas páginas utilizaremos algunos términos cuyo significado no precisaremos. Sólo el contexto servirá para definirlos. Es el caso de palabras como «profesor» y «maestro», por ejemplo. En la mayoría de los casos se considerarán sinónimas, aunque a veces la última se referirá a los docentes que enseñan en la educación primaria. Igualmente la palabras «valor» y «virtud». Preferimos no entrar en precisiones técnicas o académicas –fuera del interés de este ensayo– y tratarlas como si fueran sinónimas, aunque a veces el contexto precisa un contorno más definido para el término «virtud» frente al uso común y dominante del concepto de «valor». Lo mismo acontece, en tercer lugar, con las palabras «educar» y «enseñar». En la mayoría de los contextos serán sinónimas, pero en ciertos momentos precisaremos mejor el significado de ambas según la temática tratada.

3. FALSAS APORÍAS EDUCATIVAS

Un buen comienzo para profundizar sobre la crisis educativa es detectar y enjuiciar ciertos fenómenos fácilmente apreciables por cualquier observador neutral. Algunos de ellos son expresiones de conflictos profundos, largamente gestados a veces, que desvirtúan la escuela. Su interés aquí reside en que son síntomas de problemas graves. Como síntomas hay que tratarlos y no como la causa o el origen de algunos de nuestros males educativos. Hemos elegido tres de ellos, de importancia variable, pero muy actuales entre ciertos sectores de nuestra sociedad.

Lo característico de estos síntomas es que se nos plantean en términos de antinomia: vías antagónicas, de las que debemos decantarnos por una. Lo que más debe interesarnos es el carácter aparentemente contradictorio de las opciones que se presentan: o una u otra, sin más. Así de fácil. Por supuesto, hay partidarios de cada una de las opciones irreconciliables; partidarios que jamás podrán estar de acuerdo porque, ambos, ven en términos antagónicos las diferentes opciones.

Por eso son falsas aporías. Este término griego significa literalmente «sin camino» o «camino sin salida». Habitualmente es sinónimo de paradoja o de antinomia. Pero añadimos que esas aporías son falsas, porque en realidad no existen más que en la cabeza de quienes las defienden. Lo

verdaderamente interesante no es tanto la defensa de cada una de las partes, sino que ambas se necesitan íntimamente para poder subsistir en constante pugna dialéctica y política. Estas aporías son auténticas imposturas que revelan una honda ignorancia del hecho educativo. Examinaremos tres de ellas.

3.1. Oposición entre instrucción y educación

Dos palabras que forman parte de nuestra historia. Se diría que la instrucción –en evidente desuso en la literatura pedagógica y legal– se refiere a la transmisión aséptica de conocimiento, sin valoración y sin que intervengan factores que influyan en la recepción de los mismos por parte de los alumnos. La instrucción preservaría a los alumnos de «contaminaciones» morales, religiosas, sociales, políticas, geográficas. La instrucción garantizaría así que los jóvenes conocieran de un modo «puro», sin connotaciones, matemáticas, geografía, latín, filosofía, historia, literatura o química. Quienes defienden este modo de entender la instrucción afirman que quien instruye es la escuela, los institutos y la universidad.

Estos defensores de la instrucción afirman además que quien educa es la familia. La escuela instruye, la familia educa. Por educación parece entenderse una cierta orientación existencial, predominantemente moral y religiosa, de los hijos. La aporía está servida: quien educa es una institución social diferente de quien instruye al hijo. La escuela tiene una función y la familia otra. Ni la familia debe interferir en la labor del maestro, ni la escuela está autorizada para inmiscuirse en la relación padres-hijos. Al presentarse la familia y la escuela como antagónicas, no se concibe que entre ambas pueda existir colaboración; la única relación entre ambas es de exclusión. Las familias llevan a sus hijos para que «les enseñen matemáticas» y en la familia –y sólo en ella– los chicos recibirán la formación moral o religiosa que deseen

sus padres (el que éstos confíen en la Iglesia para la educación religiosa no cambia el núcleo de la relación).

Quienes defienden que en la escuela se instruya mantienen la sospecha de que la escuela, o el Estado a través de ella, invada el terreno natural de la familia. Por desgracia esa sospecha a veces está justificada. El último ejemplo en España es la polémica materia de Educación para la ciudadanía. No obstante, la respuesta a la invasión ideológica del Estado no puede ser nunca el que la familia se recluya en sí misma y proyecte un ideal de institución escolar que jamás ha existido ni podrá existir.

Quienes defienden una instrucción independiente de la educación –y una educación en la que no se instruye– parten de algunos presupuestos falsos. El primero es que es posible un conocimiento puro o amoral; además creen que la familia y no la escuela debe enseñar moral a los jóvenes. Por último, como consecuencia de lo anterior, piensan que la educación impartida en los centros públicos debe limitarse a planteamientos valorativamente asépticos, neutrales para así no interferir en la labor educativa (moral y/o religiosa) de las familias.

A lo largo de este ensayo nos ocuparemos de estos supuestos más profundamente. Conviene ahora detenerse brevemente en el primero de ellos. ¿Es posible un conocimiento puro? La filosofía de la ciencia afirma que no. Según este supuesto el conocimiento (sin distinción entre ciencias o entre disciplinas humanísticas) es un conjunto de afirmaciones lógicamente consistentes, verdaderas, cuyo valor está en la veracidad alcanzada por métodos objetivos. La objetividad así entendida es sinónima de neutralidad axiológica. No obstante, la historia de las ciencias, incluso de las llamadas «duras», no arroja esa impresión, sino la contraria.

El epistemólogo Stephen Toulmin (1977) indica que en el desarrollo histórico de las ciencias hay factores internos

y externos o sociológicos. Los primeros aluden a las características epistémicas propias de las ciencias y los segundos hablan del imprescindible humus cultural que toda actividad humana necesita. En todo caso se dan conjuntamente con muy variable peso según las épocas y saberes. Afirma Toulmin:

Los factores sociales limitan las ocasiones y los incentivos para la innovación intelectual; el propio juicio de los científicos sobre las exigencias de la situación existente discrimina entre campos de trabajo maduros e inmaduros. (...) En todos los casos, los tipos y la cantidad de innovaciones intelectuales que se hallan en cualquier cultura o época reflejan la acción combinada de esos dos filtros separados [el interno y el externo] (Toulmin, 1977; 227).

En consecuencia, para el desarrollo del conocimiento científico y su aprendizaje es imprescindible tanto la lógica interna de las ciencias, como la dimensión externa o social (política, moral, económica, religiosa, metafísica, etc.).

Por su parte, el filósofo Habermas (1982) ha puesto de relieve que no se puede analizar el conocimiento humano al margen del interés. En el comienzo de una de sus principales obras llega a afirmar que «...el análisis de la interrelación entre conocimiento e interés debería apoyar la afirmación de que una crítica radical del conocimiento sólo es posible en cuanto teoría de la sociedad» (Habermas, 1982; 9).

Con independencia de los análisis particulares de estos dos filósofos, en muchos aspectos discutibles es un lugar común la afirmación de que la evolución, transmisión y aprendizaje científicos incluyen esencialmente aspectos sociales, distintos a la lógica interna conceptual de esos saberes. No hay transmisión pura de los conocimientos, ni hay ninguna institución social (centros de enseñanza) encargada de esa tarea específica: todos los centros de enseñanza incorporan en la transmisión de saberes los dos filtros de los que hablaba Toulmin.

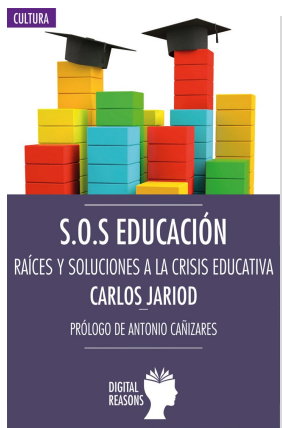
Si algunos defienden la función educadora de la familia relegando al sistema educativo a la mera instrucción, otros afirman que lo principal es educar. En este caso la formación –palabra preferida– se realiza de modo inmediato o espontáneo, natural. Lo que debe hacerse, pues, es respetar la naturaleza del alumno sin forzarla, confiando en el desenvolvimiento espontáneo de sus potencias. Un buen maestro es quien acompaña al alumno; por ello, la instrucción es arrojada al baúl de los recuerdos de una escuela supuestamente opresiva, autoritaria y asfixiante para el alma del niño. Como veremos más adelante en estos planteamientos se atisba la alargada sombra de Rousseau y su Emilio.

La oposición entre instrucción y educación cobra tintes nuevos. La educación significaría aquí el proceso vital del joven por el que se abre al mundo; el estudio, con el esfuerzo y sus renunciaciones, no es más que un aspecto que en absoluto es el principal. La verdadera educación, en esta última acepción, incorpora el conocimiento teórico (instrucción) de un modo espontáneo, lúdico, con el menor esfuerzo posible, adaptado siempre a la evolución del joven, siempre particular.

Las razones de esta aporía, desde este nuevo punto de vista, son distintas. Si en el primer caso la educación debería darse en las familias y la escuela limitarse a la instrucción, con Rousseau y sus acólitos nos encontramos con la exclusión de la función instructora por considerarla coactiva y conservadora. Escuela y familia deben educar: el maestro es como un padre o una madre y éstos, en las familias, deberían ser como buenos maestros de sus hijos. Se impone una escuela antiautoritaria e igualmente un modelo familiar en la que los padres deben ser amigos de sus hijos (Carreño et al., 2000). Si en la primera vía de la aporía escuela y familia se excluían, ahora se confunden.

No es difícil encontrar en este planteamiento los ecos de muchas aseveraciones actuales sobre el sistema educativo

¿Quiere seguir leyendo?



Acaba de leer el comienzo de *S.O.S Educación. Raíces y soluciones a la crisis educativa*, de Carlos Jariod Borrego: la presentación, la introducción y las primeras páginas del capítulo sobre las falsas aporías educativas. El libro completo analiza qué ha llevado a la «emergencia educativa» y qué razones hay para la esperanza.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/s-o-s-educacion

QUÉ ENCONTRARÁ EN EL LIBRO

- **Diagnóstico y falsas aporías.** La emergencia educativa y tres oposiciones mal planteadas: instrucción y educación, enseñanza pública y privada, laicismo y confesionalismo.
- **Raíces culturales.** Nihilismo y relativismo, la muerte del hombre y la ignorancia como modelo moral: aprender a conocer, a hacer, a vivir juntos y a ser.
- **Raíces internas.** El imperio de la pedagogía constructivista, la escuela comprensiva, la autoridad del profesor y la escuela como institución adoctrinadora.
- **Razones para la esperanza.** La persona como categoría educativa, el docente, la escuela como agente moral, la dirección e inspección, la cultura de la evaluación y la escuela católica como modelo.

Con prólogo de Antonio Cañizares.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-944601-2-8



Escanee para comprar